

UN DOMINGO DIFERENTE

Patricia Betanzo

Los domingos en el campo tenían sabor a encuentro, a salida, a descanso.

Era común ir por el camino y encontrar almacenes de ramos generales, éstos tenían todo que la gente de la campiña necesitaba; por qué no también compartir un rato con amigos tomando alguna bebida, jugando algún partido de truco o mus. Así entre charla y charla se planificaba cómo sería el encuentro dominical.

Uno de los tantos boliches de ramos generales se encontraba bordeado por una frondosa arboleda de eucaliptus, al lado del camino que conducía a otros campos, otros parajes. La casa de sus dueños se hallaba contigua al mismo. Personas a quienes les gustaba tener largas charlas con sus clientes. El esposo, hombre de estatura mediana, calvo, grandes ojos marrones, prolijo en el vestir, voz pausada, conversación amena; la señora siempre bien peinada, con su cabello color castaño a la altura de los hombros, grandes ojos color miel, verborrágica, labios prolijamente maquillados en un tono rosado, vestido con botones adelante y dos bolsillos que hacían de caja registradora ya que en ellos depositaba el dinero recibido de las compras.

En su frente, el lugar tenía un par de palenques encargados de salvaguardar a los fieles caballos que transportarían a sus dueños de regreso a su casa.

Los vecinos, asiduos concurrentes se daban cita casi a diario, sentándose en sillas de gruesa madera, mesas del mismo material. Detrás del inmenso mostrador, los propietarios atendían a los transeúntes con delicadeza y cordialidad, enfrentando al mostrador, una inmensa estantería con cajones, puertas de vidrio dejaban ver lo que allí ofrecían: azúcar, yerba, té, arroz, fideos, sémola, entre otras cosas.

Desde este amplio salón se podía entrever el fondo del lugar, las gallinas andaban libremente por el parque, pudiéndose observar la cancha de pelota a paleta con piso de tierra y la particularidad de poseer un círculo prolijamente realizado de material donde la pelota tenía un excelente pique para quienes gustaban practicar este deporte en sus ratos libres.

Al boliche se accedía por un camino de gran amplitud, siendo éste de tierra, de esos caminos donde la quietud se veía interrumpida por la polvareda de algún parroquiano que venía en sulky, carro, a caballo o a pie, desde él se contemplaban las puestas de sol, noches estrelladas, salidas de la luna; era un inmenso camino que surcaba los campos aldeaños.

Los fines de semana la algarabía se apoderaba de él. De lejos se escuchaban los compases provenientes de los bailes realizados los sábados en la casa de las hermanas Cabrera, donde el hermano de éstas señoritas con amplios vestidos, a quienes un capricho del destino las encontraba en avanzada edad sin haber contraído matrimonio, viviendo todos en la misma casa. El hermano era el encargado de alegrar aquellas jornadas sabatinas, tocando la guitarra, con unos cascabeles colocados en los tobillos ponía ritmo a las tardes. Las mujeres de la casa encargadas de servir el humeante chocolate con churros a los presentes, no daban tregua al aburrimiento.

Los domingos el silencio se desmoronaba nuevamente con el baile realizado en el boliche ubicado unos metros hacia el norte, allí se volvían a dar cita los bailarines del día anterior.

Algunos domingos el baile cedía su espacio a las carreras cuadreras; día éste en que los dueños del lugar llamaban a Catalina para que ayudara en la cocina. Ese día esperaban gran afluencia de público de los alrededores y de lugares distantes.

Temprano preparaban la calle, la alisaban, colocaban vallas, banderines y algunas mesas. Una partida de policías acudían temprano, con sus caballos para asegurar que todo se desarrollara con normalidad, sin tumultos.

Aquella apacible tarde un caso criminal involucró al sargento encargado del operativo, hombre



alto, con finos y prolijos bigotes, quien por lo que se observaba, había dedicado varias horas a la preparación de su uniforme; botas lustrosas hasta la rodilla, arma en la cintura, mirada tajante, voz inquebrantable, hacía unos años que había venido al pueblo para cumplir sus obligaciones al frente de la comisaría local.

Otro hombre oriundo de Corrientes, quien había venido de aquella provincia hacía unos años por cuestiones laborales; se había empleado como peón de campo, solitario, de cabello largo, estatura baja, bigote grueso, siempre andaba de alpargatas, bombacha de campo, cuchillo a la cintura atravesado y sujetado por un cinturón de cuero. Se daba cita donde hubiera carreras. Se había levantado muy temprano, tenía unas horas hasta llegar a su destino. Casi al amanecer preparó su mate, acompañándolo con una galleta, se detuvo a verificar que todo estuviera en orden, miró su rostro en el espejo, se peinó por última vez antes de montar su caballo. Una extraña sensación lo acompañó durante todo el viaje.

El día estaba caluroso, el sol pegaba de lleno sobre el concurrido público.

“El correntino” como le decían había tomado unas copas de más, quién no, en aquella acalorada reunión.

De pronto, la voz firme del uniformado, anunció: -Dos carreras más y esto termina. Entre dientes el grito del espectador venido en copas anunció- Esto sigue y sin medir las consecuencias, se encaminó sorteando la calle y todo aquel que se le cruzaba en el camino tratando de impedir lo que suponían ; caminaba a paso firme, decidido, en su andar iba sacando el cuchillo de la cintura intentando clavar por la espalda al distraído jefe del orden; la advertencia de los compañeros y de los espectadores fue tal, que rápidamente el uniformado desenfundó su arma y al instante sólo se escucharon los tiros provenientes de ésta . Lentamente el correntino caía en medio de un gran charco de sangre.

El silencio se apoderó del lugar, el tiempo se detuvo por unos instantes, un silencio mortal invadió varios metros a la redonda, yacido en la calle quedó el cuerpo sin vida del hombre que minutos antes había desafiado la autoridad policial.

Un grupo de insurrectos fueron trasladados a pie hasta la comisaria, distante 15 kilómetros del lugar.

El cuerpo del correntino fue transportado por el camioncito de otro lugareño, poseedor de otro almacén separado unos pocos kilómetros uno del otro.

Camioncito que durante largo período nadie se subió.

Ese domingo, se había presentado como un día festivo para los lugareños, los concurrentes.

Comenzó silencioso, con una leve brisa y sol radiante; culminó con silencio de muerte.

Los tiros, los gritos de estupor, la estampida de las aves, relinchos de caballos, el olor nauseabundo; resonaron en aquellos apacibles y polvorientos caminos por mucho tiempo.

